

# Enrique Lihn: 1929-1979

Por Pepys

En el Año de la Mutualidad del Yo, Enrique Lihn, poeta de bien, celebra su cincuentenario, edad que en épocas pasadas intentaba evitarse o, por lo menos, disimularse. Los cincuentenarios vivientes han adquirido, con los adelantos de la geriatría, ciertos rasgos impúdicos, lindantes en el desparpajo. La explicación de que la existencia humana es ahora más larga, que el hombre se está pareciendo cada día más al loro, a la tortuga y al elefante, no basta para consolar a los antiguos "elegidos de los dioses". Hay el sentimiento de que los "cincuentenarios vivientes" en la poesía, vitoreados como fiestas desde el propio "yo" a título de efemérides internacionales, pretenden no tanto alertar a la humanidad sobre los fragores interminables de la juventud como sobre los achaques penosos que sobrevienen con el miedo a la vejez.

A partir de *Manhattan* es la obra que Ediciones Ganymedes, de Valparaíso, ha consagrado al jubileo de Lihn. Se trata de un volumen de 72 páginas y corresponde a una colección que recoge, en este mismo orden, libros ya famosos: 1. Nicanor Parra: *Sermones y Prédicas del Cristo de Elqui*; 2. Nicanor Parra: *Nuevos Sermones y Prédicas del Cristo de Elqui*; 3. David Turkeltaub: *Hombrecito Verde*; 5. Enrique Lihn: *A partir de Manhattan*.

En una de las páginas preliminares del volumen se reproduce una fotografía del poeta tocado con el sombrero que hizo las glorias del viejo "dandy": el tarro de pelo. Esta misma fotografía se inserta en la portada. A partir de *Manhattan*, si hemos de ser intuitivos, se funde desde su iniciación con un principio lúdico (escribimos *lúdrico* y no *lúbrico*). En el cincuentenario de su aparición en el mundo Enri-

que Lihn todavía quiere jugar. Y juega. No se le juzgue mal. Pertenece a la Generación del Cincuenta, promoción literaria especialmente dada al trato festivo.

Someter a examen los textos poéticos que componen esta obra de Lihn es, sin embargo, tarea mucho más aventurada o peligrosa que practicar el escrutinio de los trabajos de Nicanor Parra. La escritura de Parra está pronta a tolerar el pellizco de la "boutade". La fama de Lihn, armada de una suerte de coraza institucional, rechaza no sólo "a partir de Manhattan" las liviandades críticas.

Es bastante crítico, de este modo, referirse sin dramatismo a los poemas de Lihn. Dos características lo amparan. 1) Sus juegos, al revés de las instancias de Parra, son casi mortales; 2) Su lengua se nutre de la experiencia de una decena de idiomas profundos, lo que le confiere inmunidad a-diplomática.

Nada nuevo en el manejo radical de sus discusiones poéticas con el mundo, Lihn es un escritor de graves aristas protestatarias. Su inconformismo (¿quién no lo es, por lo demás, con respecto a algo?) se rastrea en el inventario etimológico de su lenguaje. Su gramática y su lexicografía son peculiares. Rescatando palabras del albañal, indicándoles un sentido para sus designios, trabaja sin darse pausa entre vespasianas, catacumbas y masturbatorios.

Enrique Lihn, así, resulta pimpante, cómico, divertido, por fuera, pero ferozmente heridor y sarcástico por dentro. Oscuro a ratos, debido a que la corriente del discurso desborda con frecuencia el cauce de la sintaxis, como en todos

sus escritos, esta misma oscuridad gramatical contribuye a entenebreceer la atmósfera de su poesía. Visceralmente demostrativo, no obstante, experto en cambios de marcha para la andadura de la frase, el cincuentenario pulso de Lihn no desdice la fuerza treintañera.

Los textos de Lihn exigen doble y triple lectura. Valéry desconfiaba de los escritores "fáciles". Lihn no es nunca escritor de primera faz. El hecho de que ya en la portada del libro se vea al poeta disfrazado de "farsante" (en el sentido del que interpreta la comedia) constituye indicación anticipada de las metamorfosis que separan la imagen posible de la imagen plenaria.

En la Generación del Cincuenta, a la que por angas o por mangas pertenece, Enrique Lihn simbolizó, "a partir" de su obra primeriza *Nada se escurre* (1949), la providencia del "niño de oro". Todo se le dio con lujo de gran poeta: hasta los contratiempos, las desazones, los dolores. Este último vocablo no es, con todo, el que mejor pueda representar a Lihn en la "ultimidad" de sus problemas. La connotación mistraliana de la palabra estatuye de hecho la protesta de Lihn. En este hombre el "dolor" es un artilugio suntuario que hiere los huesos, como en Vallejo, pero que se manifiesta con olímpica holgura como en Baudelaire.

La poesía es también, o acaso principalmente, un juego de ocultamientos, reflejos, incitaciones, es decir, de códigos espaciales (y quizá especiales). En este juego, el cincuentenario de Lihn nos devuelve al eterno "niño de oro". ¿Hasta cuando? La pregunta no envuelve —aún— sensación de agobio.